

COLLARES DE CUENTAS GORDAS DE PLATA

Para Danielita

En las noches que no hacía mucho frío, podíamos dormir fuera de la casa, bajo la luna enorme del desierto, mirando las estrellas. Esto está en mi memoria como si fuera ayer y cada vez que lo recuerdo me siento plena y llena de alegría, pues en esos momentos se acercaba mi abuela, la madre de todos, la más sabia de la tribu, a contarnos nuestra historia, la de los Tihuarís habitantes del desierto durante miles de años.

Mi abuela era una mujer bella, altísima y delgada, de una piel morena dorada que en ocasiones no podía distinguirse de las arenas ocres y sienas de nuestra tierra. Y aquel color de su piel, y aquellos enormes ojos claros surcados por las arrugas de su sabiduría, aquel pelo blanquísimo y su precioso traje bordado típico de nosotras la hacían verse imponente, fantástica, como salida de un sueño irreal y pasajero. Su ropaje era blanco, como corresponde a las mujeres mayores que saben cosas de antaño, de esta vida, de las otras. El nuestro, desde niñas hasta adultas era rojo, de mangas de globo, pantalones anchos, pechera y cinturones amplios, exquisitamente bordados por nosotras mismas en tardes interminables de pasar y pasar la aguja, de darle y darle a la lengua contando aventuras y ocurrencias propias de mujeres. Collares de cuentas gordas de plata y un gorro suave para protegernos del sol, completaban nuestro atuendo.

Nuestras casas eran de lona, redondas, color arena como enormes quesos sobre la tierra tibia. Y la tierra yerma, y las dunas doradas de arena eran milagrosas. No dejaban de sorprendernos, de extasiarnos, pues cada día eran diferentes, cambiaban sus sombras, cambiaban de color, dependiendo de la época del año o la hora del día. Y en los pocos días que llovía, en un abrir y cerrar de ojos, todo se cubría de unas pequeñitas plantas llenas de flores de todos colores. ¿De dónde salen? –preguntábamos a la abuela. Y eso bastaba para que empezara a contarnos el origen de la vida, de cómo vivieron los primeros hombres, de dónde habíamos salidos nosotros, los Tihuarís, uno de los pocos grupos que aún permanecen intactos en su sistema equilibrado, donde ni hombres ni mujeres dominan, donde se reparte el trabajo por igual y donde se sigue adorando a la Madre Tierra. “Gilania” habían denominado a esta manera de vivir tan antigua como la tierra misma y a la que ahora, en los lejanos países civilizados, muchas mujeres querían volver pues por más de ocho siglos habían vivido en un sistema de patriarcado en el que el hombre dominaba y esclavizaba a la mujer y a muchos hombres débiles, en el que los dioses eran masculinos y los hombres violentos y muy dados a tomar las armas, hacer la guerra y matarse entre sí.

Durante millones de años –siempre empezaba la historia de la abuela - hombres y mujeres formando pequeños grupos con sus hijos, caminaron y caminaron, de un continente a otro, hasta que terminaron poblando toda la inmensa tierra. Esa tierra que a veces sentían cálida y bonita, en la que encontraban frutitas, semillas y raíces para comer y que les permitía dormir bajo la luna y las estrellas. Pero que otras los llenaba de terror cuando caían espantosas tormentas sobre sus cabezas y tenían que meterse a las cuevas o cuando, peor aún, reventaba algún volcán echando borbotones de ceniza asfixiante al aire o enormes rocas encendidas que rodaban por sus laderas.

En esos tiempos había muy poca gente en esta nuestra tierra de manera que había comida suficiente para todos, y el agua corría por los ríos totalmente transparentes albergando peces, ranas y un sinfín de otros animalillos y plantas. Los grupos de humanos llevaban una vida tranquila y su única preocupación era buscar resguardo cuando llovía, conseguir alimento, buscar donde dormir y correr y correr cuando la tierra temblaba o se enojaba sacando fuego de su interior.

Poco a poco, para ellos, esa tierra que era buena y atemorizante a la vez fue cobrando vida y comenzaron a pensar que era como ellos, buena a veces, cruel otras pero siempre eterna y siempre renovándose al igual que sus mujeres que sangraban cada 28 días, cuyos cuerpos cambiaban engordando sus panzas, que daban vida a preciosos bebés y cuyos pechos rebosaban de leche para alimentarlos, como la naturaleza que abundaba en agua y frutos para que ellos no murieran de hambre.

De esta manera compararon la tierra que da vida con la mujer que da vida y vieron a la tierra como una enorme mujer. Sin darse cuenta, poquito a poco, comenzaron a poner flores aquí y allá, para alagar a la tierra, para que ella se diera cuenta que estaban agradecidos; más tarde, frutos y animales, para que ella también se alimentara.

Alguien por ahí, en sus caminatas, debió darse cuenta que al hundirse sus pies en el lodo, su huella se quedaba marcada, y debió tomar un puño de ese lodo, amasarlo con sus manos y formar una bolita o un tubito, como cuando los niños pequeñitos toman la plastilina en sus manos por primera vez en su vida. Seguramente tomó más lodo y lo llevó a sus compañeros para que todos vieran lo que había descubierto y todos probaran el gusto de hacer figuritas.

No es difícil pensar que alguna mujer o niña hiciera, precisamente, una figura femenina, de caderas anchas y pechos gordos, como los de su madre. Así – decía

la abuela – se hicieron las primeras representaciones de la Diosa, igual que nosotras, madre y protectora como nosotras, la Madre Tierra. Desde entonces, en todas las casas ponían una de esas figuras de la Diosa en un lugar especial, y le hacían ofrendas de flores y frutos, como hoy siguen haciendo ante la virgen María en países muy lejanos al nuestro. Eso se hacía cuando comenzaba el buen tiempo, pues sabían que pronto las plantas darían flor. Luego, cuando todo comenzaba a secarse y hacía mucho calor, era el momento de recoger los frutos.

Para esos ritos de ofrendas se juntaban todos los de la tribu, ponían las flores y los frutos en el altar y luego cantaban hasta entrada la noche. Y Ella, la Diosa, estuvo protegiendo y acompañando a los seres humanos durante siglos en los que las mujeres, por ser iguales a la Diosa, eran muy importantes. Porque, además, ellas hacían las cabañas, ellas recolectaban los frutos y atendían a los hijos que tardaban tanto en ser independientes. Ellas les enseñaban a hablar, a recoger, a tejer, y cargaban con ellos sobre sus caderas cuando salían al campo a traer leña o a juntar batatas y frutillas sabrosas para la comida. Un día – nos decía la abuela – una mujer no salió con las otras, estaba cansada pues ya no era tan joven. Se quedó mirando los árboles, el cielo, la tierra y de pronto se dio cuenta que de los huesitos de la fruta que dejaban tirados por ahí, habían salido unas plantitas pequeñitas; pequeñitas pero con las mismas hojas de la planta grande y se le ocurrió meter bajo tierra algunos de esas semillas y durante mucho tiempo fue todos los días a ver qué pasaba. Cuando salió una plantita de dos hojitas diminutas su corazón saltó de alegría. Corrió a contar a las otras quienes hicieron lo mismo y así, día a día, sin darse cuenta, descubrieron la agricultura.

Las mujeres tenían sus propios ritos, de acuerdo a cada acontecimiento importante de su vida. El primero de todos era cuando la niña cumplía 12 ó 13 años, cuando empezaba a sangrar. Todos se llenaban de alegría pues era indicio de que ya era una mujer y que su cuerpo comenzaba a estar listo para reproducirse. Se hacía una ceremonia especial, muy alegre, en la que la niña invitaba a todas sus amigas. Primero formaban un círculo aquéllas que todavía no tenían su menstruación; en el centro se colocaba la festejada, desnuda, y todas sus amigas iban untándole tierra mezclada con agua, pues la tierra simbolizaba la madurez. Con bellos cantos la despedían de la niñez y en seguida, pasaba al centro del otro círculo que formaban sus amigas que ya menstruaban. Ellas la bañaban cuidadosamente con agua de flores y yerbas olorosas, la vestían con un traje nuevo y le ponían flores en el pelo. De ahí pasaba a sentarse junto a su madre quien había estado observando la ceremonia con gran regocijo y ésta le decía: “saliste de mí, te alimenté con mis pechos. Ahora ya eres madura y estás lista para ser madre. ¡Yo te bendigo para que seas una mujer fértil! Acepta este collar como recuerdo de este día tan especial”. Las dos se besaban y entonces

empezaba la fiesta, con muchos cantos, bailes y deliciosos dulces preparados por las mujeres sabias, aquéllas que ya no menstruaban. Así festejaban hasta que se ocultaba el sol y salía la luna a quien dedicaban cantos alusivos pues ella, al igual que todas las mujeres, era especial cada 28 días.

El segundo collar lo recibiría al momento de casarse, después, uno por cada hijo que tuviera y finalmente el último, cuando ya mayor, dejaba de sangrar, porque ahí empezaba su nueva vida de sabiduría y de enseñanza a las más jóvenes.

Todas eran importantes para la vida del grupo, de la misma manera que eran los hombres, porque su fuerza física era indispensable para defenderlas de los animales salvajes, para hacer trabajos pesados y, desde luego, para continuar la especie.

Todas estas cosas contaba mi abuela. Ella tenía muchos collares de cuentas gordas de plata que le traían muchos recuerdos pero el más importante - decía - había sido el primero.